

La última batalla

Marie-Odile Marion*

*Cada árbol que se corta
es una estrella que se apaga.¹*

LA SELVA DE LOS LACANDONES

Los lacandones son quizás los últimos indios mexicanos que mantienen lazos de estrecha dependencia material e ideal con la selva tropical y se identifican culturalmente mediante dicho intercambio. Todos los demás grupos étnicos que en ella buscaron refugio en años recientes habían sido sustraídos del bosque tropical hace más de cuatro siglos (choles, tzeltales y probablemente tzotziles y tojolabales), a causa de la colonización española.

Los lacandones traducen, más que cualquier otra sociedad selvática, las consecuencias de esta larga familiaridad con las especies vegetales y animales que pueblan la alta selva húmeda perenifolia y con las condiciones climáticas tan particulares del ecosistema tropical. Su sistema tecnoeconómico se encuentra muy adaptado al conjunto de características morfológicas, hidrológicas, atmosféricas y ecológicas de dicho ambiente natural, del cual se han adueñado y con el cual se identifican íntimamente. Se consideran los últimos he-



IZTAPALAPA 31

rederos de este gigantesco privilegio ecológico y no vacilan en asociar la supervivencia de su sociedad –y por ende la de su cultura– con las posibilidades –siempre más precarias– de protección y de reproducción de su selva.

El conjunto de las formas de representación del universo social, natural y sobrenatural de los lacandones está vinculado a la existencia del bosque tropical ya que, al igual que los hombres que éste alberga y nutre, era arrasado por los dioses cada vez que un cataclismo cósmico surgía e iba destruyendo a su paso una era de humanidad, en las remotas épocas del pasado mítico lacandón. Al igual que el sol que asegura su crecimiento, la selva es un don que los dioses hicieron a los humanos, para que en ella sembraran su maíz y engendraran a sus hijos, y no hay en todo el universo un lugar más propicio para la supervivencia del grupo y de su cultura.

Esta intensa familiaridad existente entre los “verdaderos hombres”² y su medio selvático explica la profusión de referencias y analogías simbólicas realizadas por ellos en todas las expresiones de su experiencia cognitiva. Su calendario climático está concebido e interpretado como un ciclo de vida y traduce las grandes fases de la actividad e incluso de la existencia humana. Los procesos de engendramiento, gestación y alumbramiento, así como los principales órganos del aparato reproductor, están asociados con las fases del ciclo de fertilidad vegetal y con los elementos del biotopo.

Los momentos más importantes de los diversos rituales hacen intervenir, aparte de las especies vegetales características de la selva, a toda una serie de representaciones animales, cargadas de mensajes

y de signos alegóricos, que participan conjuntamente en la reproducción de los hombres y de su espacio de vida.

En cuanto a los mitos, éstos describen incansablemente la creación de la selva, sus destrucciones apocalípticas, los seres que la pueblan, los peligros que representa, sus obligaciones hacia los hombres, así como las de los hombres hacia ellos. La definen sobre todo como el recinto humano por excelencia, la sede de la actividad de los “verdaderos hombres” que fueron modelados por el creador para adueñarse de ella y hacerla fructificar, protegiéndola.³

Esta selva –que los lacandones temen y a la vez veneran– les es perfectamente familiar, no obstante no la han desmitificado: sigue teniendo un rol de sostén de su vida material y de crisol de su vida ideal. De ella extraen diariamente los cultígenos y las especies animales y vegetales necesarios para su subsistencia; y es en ella también que albergan los seres de naturaleza, las divinidades y los demiurgos que controlan su existencia colectiva. Es en el seno de este mundo que lograron someter durante siglos, que siguen sometiendo a la violencia de sus fenómenos climáticos, al capricho de las potencias astrales, de las que sus ancestros estudiaron, hace ya más de mil años, los orígenes y los misterios.

A pesar de su devoción por la selva y de su incansable afán de protección de las especies que comparten con ellos el privilegio de morar en el universo tropical, a pesar de los cuidados y de las prácticas ecológicas que su cultura no ha dejado de generar para satisfacer el equilibrio hombre-naturaleza, los lacandones ven con angustia cómo su mundo selvático se viene destruyendo. Asisten impotentes a la

tala del bosque, a la quema de millones de plantas y animales, a la destrucción de los múltiples paisajes que, desde las laderas del río Santo Domingo, hasta los lascivos meandros del Usumacinta, se vuelven imágenes de su memoria colectiva.

Saben que el fin de la selva significa también el reñate de su historia, el ocaso de su cultura.

Nos pareció legítimo traducir su angustia, expresar su temor y tristeza redactando unas cuartillas, que servirán quizás para alertar a la opinión pública sobre la urgencia de tomar medidas drásticas para proteger, en un mismo esfuerzo, la naturaleza y la cultura de los mayas, amenazada por la voracidad destructora de nuestra insaciable sociedad moderna.

LOS MÚLTIPLES VECTORES DEL OCASO SELVÁTICO

Desde principios del siglo, pero más intensamente desde los años cincuenta, varias olas de colonización selvática, espontáneas o inducidas por los gobiernos regionales, provocaron la reducción progresiva del área de bosque primario, a consecuencia de la multiplicación de centros de asentamientos irregulares y de la proliferación de acahuales y praderas, hasta los parajes más retirados de la selva alta. Los equipos de prospección y perforación contratados por PEMEX sustituyeron y a veces complementaron los daños provocados por los equipos de talabosques y de chicleiros que habían surcado la selva desde los años veinte en busca de maderas preciosas y de resina de zapotacea.

Miles de indígenas tzotziles expulsados de sus comunidades de los Altos de Chiapas por conflictos

de índole política o religiosa, zoques víctimas de la explosión del volcán Chichonal (acaecida en 1982) e incluso chuj, kanjobal o cakchiquel de Guatemala, huyendo de los horrores de la represión militar, buscaron en la selva un escondite o un refugio en dónde sembrar su maíz. Así fue como se multiplicaron casi al infinito las explotaciones agrícolas que sangraban a muerte la selva del sur.

Ante la inminencia del desastre ecológico, el gobierno mexicano decidió crear un área de reserva biológica, supuestamente liberada de toda incursión depredadora, la cual fue oficialmente reconocida por decreto presidencial, el 26 de noviembre de 1971. Los choles y los tzeltales que vivían en ranchos selváticos fueron desalojados y reubicados en dos comunidades (Frontera Echeverría y Nueva Palestina, respectivamente) y los lacandones fueron invitados a concentrarse en tres centros de población, para poder disfrutar "oficialmente" de su nueva dotación territorial. Así fue como se integró el Comisariado de Bienes Comunales de la Selva Lacandona, con un título presidencial que reconocía 614 321 hectáreas de tierras selváticas. En este mismo espacio supuestamente protegido, un decreto presidencial del 8 de diciembre de 1977 creó la Reserva Integral de la Biosfera "Montes Azules", con una extensión superficial de 332 100 ha.

Sin embargo, el peligro seguía acechando: a causa de una deficiente e inconstante vigilancia de los espacios "protegidos", la Reserva Integral se encuentra en la actualidad reducida a menos de la tercera parte de su superficie original, a consecuencia de la instalación de decenas de comunidades que se reparten el territorio de la comunidad lacandona, sin

que nada sea hecho para evitar la progresión y extensión constante de los cafetales, de las praderas y de las prácticas de deforestación.

- El 14 de febrero de 1989 se ejecutaron indebidamente 26 resoluciones dotatorias y ampliatorias sobre terrenos pertenecientes a la comunidad la-



candona, parte de la Reserva Integral de la Biosfera. De esta manera, 114 869 ha fueron arbitrariamente entregadas a grupos de migrantes selváticos, quienes iniciaron inmediatamente su obra de tala y quema del bosque.

- En la parte suroeste de la selva, 70 mil hectáreas de terrenos reservados han sido ocupados en forma irregular por colonos. En la zona norte, 17 mil hectáreas han sido invadidas recientemente por colonos y rancheros, sin que se haya podido hasta la fecha hacer prevalecer el justo reclamo de la comunidad desposeída. Lo mismo se repite en el sur y en el oeste, de tal suerte que de las 614 321 ha que figuran en la dotación presidencial de 1971, tan sólo 71 344 siguen bajo la custodia y protección de los lacandones, y de los choles y tzeltales que integran con ellos el comisariado de bienes comunales.

La terrible reducción del espacio selvático se resume de la siguiente forma:⁴

Superficie reconocida y titulada	
a los lacandones	614 321 00 00 ha
Acciones agrarias expedidas y ejecutadas en despojo de la comunidad	114 869 05 71 ha
Grupos invasores	43 070 26 12 ha
Reservas ecológicas, áreas protegidas	385 037 59 00 ha
Superficie restante para la comunidad:	71 344 09 17 ha

La tala inmoderada del bosque se acompañaba del manejo inapropiado y excesivo de los recursos silví-

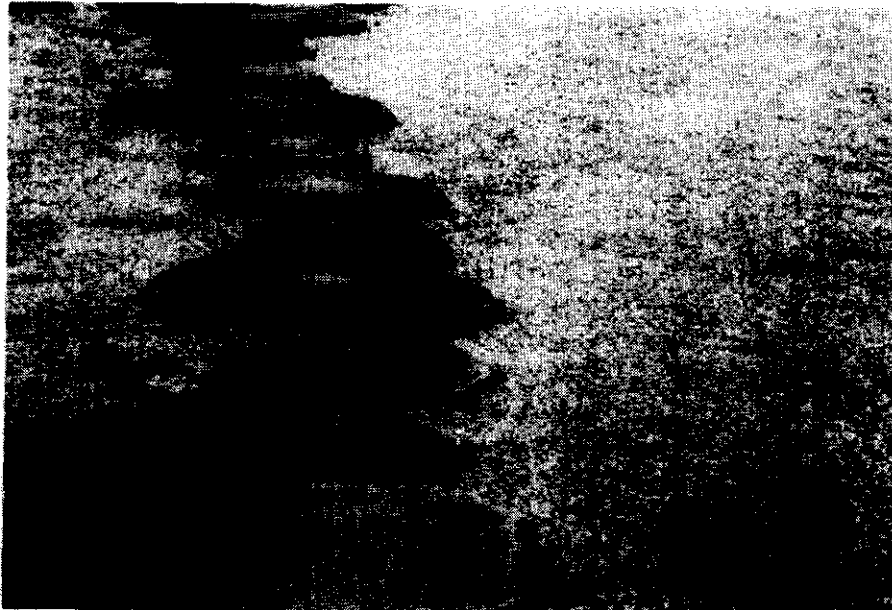
colas, de la creación de praderas ganaderas en zonas que deberían mantenerse cubiertas de selvas medianas o altas, del aprovechamiento ilícito de los recursos protegidos y del tráfico de animales y plantas. Los lacandones asistían perplejos al saqueo de su patrimonio, este mismo que habían heredado, que habían sabido proteger y defender, y que incluso les había sido reconocido oficialmente por medios constitucionales.

LA ÚLTIMA BATALLA

Ante la total ineficiencia y aparente indiferencia de los servicios públicos encargados de hacer respetar

los deslindes del área selvática, los miembros de la comunidad lacandona decidieron dirigirse al Banco Mundial y solicitaron un presupuesto de 600 mil dólares que les fue concedido y entregado para realizar una primera obra de amojonamiento de su territorio. Los trabajos están casi concluidos, aunque una porción del territorio invadido no haya podido ser todavía totalmente deslindado por la oposición de los grupos invasores que lo impiden.

Decididos a proteger y defender su selva de la depredación, a la cual está diariamente sometida, los indígenas decidieron entonces organizarse en forma de asociación civil, para poder gestionar ante diversas instancias, organizaciones internacionales o bien no gubernamentales, el financiamiento de un ambi-



cioso proyecto de vigilancia permanente del área selvática. Se dirigieron ante la Comunidad Económica Europea, cuando repentinamente se enteraron que un proyecto de financiamiento de dicha organización (con sede en Bruselas) se dirigía precisamente a las comunidades invasoras y destructoras de su área forestal.

Si su petición tiene eco, los indígenas de la comunidad lacandona podrán, en los próximos años, instalar un centro y seis subcentros de custodia ecológica y surcar las sendas, los ríos y hasta el cielo de su bosque tropical, en busca de taladores ilícitos, cazadores furtivos, instalaciones clandestinas y traficantes de especies salvajes.

Saben que ese es el costo de su supervivencia y no vacilan en emprender una de las más impresionantes batallas jamás libradas en nuestro país por la defensa del medio natural, de sus bellezas y riquezas y del derecho de los grupos pobladores de vivir en paz y en armonía con su universo.

Quisimos relatar esta experiencia ejemplar para que la lucha de un puñado de indígenas de la selva mexicana no se desvincule de la batalla que libramos todos por la recuperación de un espacio de vida decente en medio de tantas alteraciones del entorno natural.

NOTAS

- 1 Mitología lacandona
- 2 En maya: *Hach Winik*; término usado por los lacandones para identificarse.
- 3 Al respecto, consultar Marion, M. O., *Los hombres de la selva*, INAH, 1991; y Marion, M. O.; *Le pouvoir des filles de Lune. La dimension symbolique des formes d'organisation sociale des Lacandons du fleuve Lacanjá, Mexique*. Thèse de doctorat Es Lettres et Sciences Humaines, EHESS, Paris, 1992.
- 4 Documentación proporcionada por el presidente del Comisariado de Bienes Comunales de la Selva Lacandona.